

Volver al nosotros

Marco Coscione

Hubo un tiempo en que era más fácil identificar el poder; porque tenía una cara visible, unos métodos sanguinarios, un palacio que asediar y un gobierno que derrocar. En ese tiempo, la resistencia colectiva se articulaba alrededor de un enemigo concreto, que imponía un supuesto orden mediante prohibiciones y castigos. El rechazo y la lucha callejera eran expresiones evidentes del malcontento ciudadano.

Hoy, según el filósofo surcoreano Byung-Chul Han, ya no vivimos en la sociedad de la disciplina impuesta desde los aparatos estatales, sino en la “sociedad del rendimiento” que lleva a la sociedad del cansancio, una sociedad agotada, donde el sujeto se explota a sí mismo, sin coacción externa. Nadie nos obliga a ser productivos, hemos llegado solitos a sentirnos en la obligación de serlo para no fracasar. Y si fracasas no es culpa de la sociedad, del sistema, sino totalmente tuya... y deberías avergonzarte por ello.

Si nunca tendrás una pensión digna, no es porque el sistema de capitalización (o ahorro) individual, en realidad, no es un sistema de pensiones; es porque no cotizaste (ahorraste) lo suficiente, ni de la manera correcta. Del resto es imposible hacerlo con los actuales niveles salariales, de precarización e informalidad que caracterizan la gran mayoría de las sociedades del mundo.

El problema fuiste tú, no el sistema. El neoliberalismo logró producir sujetos que se explotan a sí mismos en nombre de la productividad, la competencia y el objetivo de no fracasar. Para llegar a ello, el neoliberalismo significó la expansión de la lógica del mercado hacia todos los ámbitos de la vida, incluidos aquellos que antes eran considerados responsabilidad del Estado o espacios ajenos a la competencia económica: educación, salud, pensiones, servicios públicos, etc.

De esta forma, el mercado no solo es el mecanismo para intercambiar bienes y servicios, sino también el criterio para organizar la sociedad. El individuo se convierte en empresario, la competencia es el nuevo valor moral, la vida se mercantiliza, se reduce en papel del Estado, se profundizan las desregulaciones y las privatizaciones. El Estado no desaparece; sin embargo, una vez cooptado, se reorganiza para favorecer que la lógica del mercado ocupe espacios que antes estaban regulados por otros principios, como derechos sociales, bienes públicos o decisiones colectivas.

Además, y es el gran objetivo de fondo, se construye la responsabilización individual de problemas estructurales como la pobreza, el desempleo o la precariedad, interpretados como fracasos personales sin contar sus factores sociales, estructurales e históricos. El individuo contemporáneo se convierte en víctima y verdugo de sí mismo: si no lo logras, es porque no te esforzaste lo suficiente. El sistema neoliberal ha logrado así una operación política extraordinaria: transformar el fracaso social en fracaso personal.

La consecuencia de este desplazamiento es devastadora: la explotación ya no llega principalmente desde el exterior, sino sobre todo desde el interior. Nos “auto-explotamos” en nombre del rendimiento, la productividad, los resultados y las cifras.

Nos convertimos en personas hiperactivas pero vaciadas, capaces de llevar adelante mil proyectos personales, pero incapaces de imaginar un proyecto colectivo. Además, vivimos el exceso de “información” como una nueva forma de control de parte de poderes “tecnofascistas”, en un mundo donde ya no hace falta censurar, porque basta con saturarnos de *fake news*; donde el poder no reprime el disenso, lo dispersa. Los medios de comunicación se convierten en “medios de construcción o modificación conductual” logrando erosionar la democracia desde adentro, porque sin autonomía en el pensamiento tenemos poca capacidad para el juicio crítico.

Estamos frente a una sociedad exhausta y nosotros demasiados ocupados en demostrar que merecemos existir a través del trabajo, del fitness, el yoga o el crecimiento personal; así como demasiados cansados para organizarnos y rebelarnos.

Y ahí reside el nudo que hoy dificulta cualquier movimiento revolucionario: si el fracaso es personal y el enemigo que deberíamos combatir es nuestra propia imagen ideal (o “*personal brand*”), ¿contra quién marchamos?

Sin embargo, algunos acontecimientos recientes de nuevo nos muestran que el “nosotros” nunca desaparece del todo. Cuando el malestar supera cierto umbral — cuando a la supervivencia cotidiana o a un territorio amado—, la energía psicológica vuelve a convertirse en energía política.

En Bolivia, desde el mes mayo, obreros, campesinos, docentes, indígenas y transportistas han vuelto a bloquear las principales arterias del país. Frente a la peor crisis económica en cuatro décadas, las demandas son concretas: aumento salarial, estabilización económica, no privatización de empresas públicas, entre otras. No es el individualismo del rendimiento el que mueve a los manifestantes: es un dolor compartido que ha vuelto a construir un frente común.

Por otro lado, en Albania, decenas de miles de personas se han movilizado en las últimas semanas bajo un símbolo inesperado: el flamenco rosa. La llamada “revolución del flamenco” nació para rechazar un megaproyecto turístico de lujo vinculado a la familia Trump —Ivanka Trump y Jared Kushner— que el gobierno albanés habilitó modificando en silencio la legislación de áreas naturales protegidas. Bajo el lema “*Albania no está en venta*”, las marchas en la capital Tirana exigen la cancelación del proyecto y la dimisión del primer ministro Edi Rama. Las protestas se han incluso internacionalizado: la diáspora albanesa marcha en Italia, Estados Unidos y Canadá.

Ambos casos quizás ilustren la capacidad de recuperación del sujeto colectivo cuando las condiciones lo vuelven urgente. En Bolivia es la supervivencia económica; en Albania, la defensa de un territorio que le pertenece a la comunidad y no a

intereses económicos (y muy probablemente también geopolíticos, estratégicos y militares) extranjeros.

Frente a los acontecimientos de Bolivia y Albania, volvemos a preguntarnos cómo podemos construir un "nosotros" colectivo en condiciones que sistemáticamente lo disuelven. ¿Cómo recuperar la práctica de lo colectivo allí donde el individualismo la ha erosionado? Desde la cotidianidad: la organización vecinal, los barrios, las plazas, los sindicatos y organizaciones de trabajadores, las organizaciones y movimientos sociales, ambientales, etc. Pero también desde comunidades digitales que logren construir una identidad compartida y no solo consumir contenidos.

Las prácticas y políticas emancipadoras deben ser capaces de destruir la apariencia de un orden que pareciera natural. Frente a un poder diluido, no siempre concretamente identificable, pero que nos seduce (convirtiendo la libertad individual en un instrumento de control) y nos satura al mismo tiempo es, sin duda, más difícil combatir. Sin embargo, su fuerza depende, en gran medida, de que cada individuo siga creyendo que es responsable único de su destino. En el momento en que esta creencia se fractura —en el momento en que el malestar personal deja de vivirse como fracaso personal y empieza a vivirse como problema social compartido— el “nosotros” regresa.

Quizás la revolución más urgente de nuestro tiempo no sea electoral ni tecnológica. Sea aprender, de nuevo, a vivir el nosotros... a convivir en armonía.